

polémica que se repetiría en 1980 cuando vio la luz el último de los inéditos queirosianos, *La tragedia de la Rua das Flores*, novela que Eça abandonó porque su contenido fue en parte incorporado a *Los Maia*.

A partir de 1880 Eça empieza a dar señales de cansancio del realismo e inicia un nuevo rumbo estético. Es el año en que empieza a escribir *Los Maia*. Concebida al principio como una más de las novelas breves de «Escenas de la vida portuguesa» se convertirá en el proyecto más ambicioso de su vida. Varias veces Chardron anunciará la inmediata publicación de la novela y varias veces deberá aplazarla, ya que el texto no estuvo definitivamente listo hasta 1888. En esos ocho años el contexto cultural europeo había cambiado también; la literatura rusa, divulgada en Occidente por De Vogüé propició formas de psicologismo distintas a las anteriores y al espiritualismo de tintes franciscanos inspirado por el libro de Sabatier, se unieron formas estéticas que preludian el modernismo y otros ismos finiseculares. *Los Maia* refleja esa transición. A lo largo de la novela la descripción realista de las clases altas de Lisboa se completa con la nueva importancia atribuida a los sueños y premoniciones y con la construcción simbólica de la novela. La familia, microcosmos simbólico como en la tragedia griega, refleja en el incesto entre Carlos y Maria Eduarda da Maia, hermanos separados desde niños, el fracaso de todo un mundo basado en el orden lógico del positivismo.

Mientras *Los Maia* proseguía su lenta gestación y para tranquilizar al pobre Chardron, editor en la eterna angustia de la espera, Eça publicó dos novelas breves para entretener a sus lectores: *El mandarín* (1880) y *La reliquia* (1887). Son dos novelas «novelescas», que rompen con toda su producción anterior. *El mandarín* es una *chinoiserie*, un cuento filosófico basado en un tema de Chateaubriand: ¿matarías a un viejo mandarín en los confines de China si para ello sólo tuvieras que tocar una campanilla y así heredaras su fortuna? Como era de esperar la resolución queirosiana de este apólogo moral fue muy distinta a la del romántico francés. En cuanto a *La reliquia* resulta ser también una fábula (in)moral sobre la hipocresía. Teodorico Raposo se ve obligado a fingir una religiosidad que no siente para heredar la fortuna de su muy beata tía. En su viaje a Palestina «fabrica» una reliquia que va a asegurarle para siempre la anhelada herencia. Por una burla del destino –y por un error en los paquetes– será el camisón de su amante lo que aparezca en el oratorio de doña Patrocínio. Estas dos novelas llenas de malévolo humor y de fantasía marcan el fin de la fase realista de Eça de Queirós y el inicio de un camino literario que le llevará en muy pocos años a una estética fin de siglo mucho antes de la aparición de formas semejantes en la literatura española.

En el momento en que se produce este importante cambio de rumbo estético tiene lugar un hecho decisivo también en la vida personal de Eça de Queirós. El 10 de febrero de 1886 se casa con Emilia de Castro, condesa de Resende, la hermana menor de su amigo de juventud y compañero en el viaje a Egipto. Con este enlace Eça entra en un círculo de la sociedad portuguesa muy distinto a su burguesía de origen. Ya en *Los Maia* los personajes pertenecen a la alta burguesía financiera y a la aristocracia y en *La ilustre casa de Ramires* el círculo descrito es el de la antiquísima aristocracia rural. El joven airado de la tertulia proudhoniana de 1870 se remansa, el martillo de clérigos y burgueses, deja paso al refinadísimo estilista, el sarcasmo evoluciona hacia la ironía finisecular.

En 1888, vio finalmente cumplido su sueño de muchos años: dejar Inglaterra y ocupar el consulado portugués en París. Allí vivirá hasta su muerte, nacerán sus cuatro hijos y recibirá las noticias que amargarán sus últimos años. A la evolución de su dolencia intestinal, que le causará la muerte, se añadió el disgusto producido por el «Ultimátum» inglés y, peor aún, por la reacción portuguesa. En 1890 el entonces todopoderoso Imperio Británico obligó a los portugueses bajo fuertes presiones y amenazas a renunciar a sus aspiraciones de establecer una unión territorial entre Angola y Mozambique que crearía de costa a costa de África un amplio espacio colonial portugués. El «Ultimátum» fue recibido en Portugal como una gran humillación nacional de efectos parecidos a la crisis del 98 en España. Pero la reacción no pasó de un conjunto de superficiales medidas antibritánicas y no se produjo ese verdadero movimiento de reflexión y de regeneración nacional que Eça llevaba esperando tanto tiempo. Fracasaron así sus esperanzas, diáfananamente expresadas en el pasaje de la cena en el Hotel Central en *Los Maia*, de que Portugal, situado frente a una gran humillación, sacaría de sí la fuerza oculta que propiciase un amplio movimiento de cambio y dinamización. Fue el gran desengaño de sus últimos años, la abdicación del sueño de transformar la realidad portuguesa que había alentado el espíritu de las «Conferencias del Casino». El grupo de la «Generación del 70» se convierte en «Los Vencidos de la Vida».

Al año siguiente, en setiembre de 1891, le llega la noticia del suicidio de Antero de Quental, su amigo de juventud, el guía ideológico de las «Conferencias del Casino». En 1895 otra muerte, la de su amigo de madurez, el historiador y político Oliveira Martins, cuyo pensamiento es determinante en la obra queirosiana de los años 90. Entre esas noticias de muerte y su propio dolor físico, Eça de Queirós sigue escribiendo. Datan de esos años *La correspondencia de Fradique Mendes*, primero publicada en folletines,